

encontrarme con quien ponía las flores en el nicho que animado por la congoja. Pese al respeto y agradecimiento que sentía y siento hacia Don Ahmed nunca le llevé flores. Los claveles rojos y blancos continuaron haciéndose presentes por años. Hace unos seis meses, en la tapa del nicho se colocó una pequeña chapa de bronce con un nombre de mujer y un apellido que no quise leer para no conocer. Y los claveles rojos y blancos dejaron de aparecer.

La urna patinada en azul y que entregué a Doña Luisa quedó en sus manos y supongo que habrá quedado en la casona en Solís de Matajojo. La patinada en rojo se transformó en obligado adorno de mi escritorio hasta mi retiro y hoy está en mi casa. Sigue siendo infalible para guardar las jugadas de quiniela ganadoras.

Da fe de lo que antecede y firma lo que escribe, Escribano Luis Ferreira Mello, en la ciudad de Maldonado, a los veintiséis días del mes de agosto de dos mil siete.